

siguiente de mil y quinientos y cuarenta y cinco, fué enviado á la India con los PP. Antonio Criminal y Nicolás Lanceloto, donde hizo oficio de portero en aquel colegio, y el P. Criminal de sacristan y enfermero.

Poco despues fué enviado á Comorin con el P. Criminal: mas poco despues S. Francisco Javier envió al P. Juan Beira con el P. Nicolás Nuñez á las Malucas, donde tres veces padeció naufragio, y estuvo dos dias y noches luchando con las olas en alta mar sobre una tabla, sin comer ni beber; y no fueron menores los trabajos que padeció en tierra, donde una vez fué vendido á los moros y á los bárbaros gentiles, de algunos cristianos apóstatas, que dejaron la fe de Cristo.

Otras veces perseguido de ellos, se fué huyendo á los bosques, pasando muchos dias, sin comer ni beber, escondido entre árboles.

Muchas veces vió puñales puestos á sus pechos para matarle; muchas le echaron veneno en la comida y bebida. Otras veces le libró Dios de emboscadas que le habian armado para quitarle la vida. ¡Cuántas veces por salvar almas padeció gran hambre, soles grandes y várias enfermedades, sin alivio humano, sólo con el patrocinio divino que de tantos peligros le libró, y en tanta estrechura le conservó, dejándonos ejemplo de la vida verdaderamente apostólica que tuvo!

Convirtieron en aquellas islas Malucas y en Ternate, que es la principal, mil y quinientos á la fe, y Dios los conservó del odio y persecuciones, que padecian de los moros.

En cierta ocasion caminaba el P. Juan Beira, y queriendo tomar un rato de sueño y quietud, de que tenia gran necesidad, conoció por divina inspiracion que le querian matar los que caminaban con él, y no aguardaban sino verle dormido. Levantóse y fuése para ellos, y ellos se turbaron, y preguntóles con valor de qué se turbaban sus rostros por haberle visto venir á ellos. No supieron qué responder de turbacion, porque conocieron que habia conocido con espíritu de Dios su mal ánimo, con que le guardaron respeto y no osaron á hacer su hecho; mas despues confesaron que el rey de Ternate les envió á acompañar al Padre con título de amigo de cristianos, mas les mandó le matasen cuando durmiese; pero, como viese el rey que no le habian muerto, los mandó matar á ellos porque no le obedecieron.

En todos estos trabajos el consuelo era la gran piedad de los nuevos cristianos, el amor y reverencia á los Padres, y la paciencia que tenian en las persecuciones.

Obró Dios por él algunas maravillas, entre las cuales fué muy célebre cuando en una plaga que vino de ratones en todas las sementeras de cristianos y gentiles, el P. Juan Beira, sólo con echar en los campos agua bendita,

ahuyentó á los ratones de las sementeras de los cristianos, y se fueron á la de los gentiles, los cuales se quejaron de que con tanto daño suyo hubiese librado á los cristianos sus sementeras. Mas dijéronles los cristianos: «Aquí vereis el poco poder de vuestros dioses, que no pueden lo que nuestro Dios.» Y sobre cuál Dios era más poderoso, venian á las armas; mas el P. Juan Beira compuso con su autoridad esta contienda, el cual en esta vida apostólica acabó santamente.

P. NIEREMBERG,

P PEDRO MASCAREÑAS.

ENTRE otros muchos varones apostólicos que ha tenido el Oriente y han seguido las pisadas del glorioso apóstol de la India S. Francisco Javier, uno muy señalado es el P. Pedro Mascareñas, varon de admirable celo y á quien nuestro Señor favoreció de muchas maneras, hasta coronar sus trabajos con una muerte padecida por su causa, habiéndole librado muchas veces de ella con raros milagros.

Los trabajos que padeció fueron sobre las fuerzas humanas, y las obras sobre las esperanzas.

Era portugués este grande varon; su celo y virtud le llevó á la India despues que entró en la Compañía, de donde pasó á las islas Malucas, que fueron campos muy espaciosos de su apostolado, donde convirtió innumerables almas y muchos reyes.

Pasó allá año de 1561, cuando estaban más necesitadas y sedientas de las aguas de vida y doctrina del cielo. Vino con otros cuatro de la Compañía, que llevó consigo el gobernador Enrique de Sá, con cuya venida comenzaron á respirar del miserable estado en que estaban los isleños.

Hubo en estas islas grandes mudanzas y alboroto, no sólo por el ingenio de los naturales, sino por los vicios de los extranjeros, principalmente los moros, enemigos capitales de nuestra santa fe, y, no en pequeña parte, de los cristianos, que por estar tan distantes de la India y apartados de los demas del mundo, tomaron mayor licencia; y despreciando el bien eterno de sus almas se entregaron todos á los caducos de ganancias de la tierra, y no tra-

taban más que de afligir los naturales, que estaban, en la sazón que llegó el P. Mascareñas, destituidos de predicadores y pregoneros del Evangelio.

No había otro que el P. Nicolás Nuñez, que con otros dos HH. Juan de Arausio y Fernando Osorio, procuraban hacer pocos por muchos, los cuales por la mayor parte era necesario residiesen en Ternate, sin poder ayudar á los cristianos de Amboino, Bazain, islas del Moro y otras partes, sino es con lágrimas, oraciones y clamores al Padre de las lumbres y de las misericordias, para que las usase con aquella gente, enviándoles quien les ilustrase con la luz del Evangelio y confirmase en la fe recibida.

Los moros estaban insolentes, y forzaban á los cristianos siguiesen su blasfemia y maldita secta. En la isla de Burri, donde habia florecido una cristiandad muy numerosa, toda ella se habia reducido á una cabeza.

Las islas del Moro muchos años habia que nadie las cultivaba. Á Amboino habia enviado el rey de Ternate un fiero y cruel capitán, llamado Liliato, para que forzase á todos los fieles á renegar de Cristo. El mismo rey de Ternate era para los convertidos un procurador del Antecristo, terrible enemigo de la ley de Dios y apasionado grandemente por Mahoma.

Contristaban tantas calamidades al P. Nuñez, y sus dos compañeros clamaban á los de la India para que viniesen á ayudarlos, y clamaban al cielo para que les ayudase con nuevos compañeros. Al fin les oyó el Señor, enviándoles por los principios del año de 1561, á los PP. Pedro Mascareñas, Marco Prancudo, Hernando Alvarez, Francisco Viera Rodriguez, Diego de Magallanes y Manuel Lopez, los cuales, juntamente con el gobernador Enrique de Sá, llegaron á Amboino.

Allí hallaron que no sólo Liliato habia cuatro años que perseguia á los cristianos impiamente, pero, lo que es más execrable, muchos cristianos y entre ellos un Antonio Hércules, fraile apóstata, con otro hermano suyo, que haciendo las partes de los moros, y sirviendo en la milicia pagana, hacian mil extorsiones, violencias, desafueros á los que habian recibido la fe de Cristo, principalmente aquel religioso apóstata y su hermano vendian los cristianos á los moros, quitábanles sus haciendas, y quitábanles las vidas. Pero recibieron el castigo de sus abominables pecados siendo muertos por los portugueses. Quedaron tan horribles despues de muertos y tan espantosos á los que los miraban, que mostraban en la fiereza de sus cadáveres la horrible fealdad de sus almas.

No se hallaba en Amboino quien volviese por la causa de Dios, sino es un Manuel, natural de Attiba, pueblo de aquella isla, á quien, siendo niño, enseñó S. Francisco Javier é informó en la ley de Cristo y costumbres santas, y acompañaba al santo por todos aquellos lugares, adonde iba á predicar y en-

señar el catecismo. Este buen cristiano sustentaba aquella cristiandad; y como los moros y un pariente suyo y dos soldados, á quien pagaba él mismo sueldo, le quisiesen matar poniéndole las escopetas á los pechos; él se fué á abrazar de una cruz diciendo, que allí habia de morir, porque así se lo habia enseñado S. Francisco Javier. Escapó de aquella traición este celoso cristiano, para que ayudase al nuevo gobernador y Padres que venian para el bien de aquellas islas. Saliólos á recibir llenos de gran contento, dióles cuenta del miserable estado de las cosas, con que se dió orden á su remedio.

Prendió luego el gobernador á Ratiput, hombre insolente, que despues de haber hecho pedazos todas las cruces que estaban en público, y afligido con impías crueldades á los cristianos, se habia alzado por rey en Recanive.

En la prision le tocó el Señor y ablandó su corazón duro, pidiendo las aguas del bautismo, con que alcanzó dos vidas; la temporal que habia de perder por sus delitos, y la eterna que ganó por su arrepentimiento. Bautizaron juntamente los Padres, aunque recién venidos, mil y quinientas personas, con que se aumentó mucho el bando de Cristo y atenuó el de Mahoma. Destruyeron un templo de moros, otro de gentiles; levantaron una gran cruz con gran gozo de los cristianos, viendo enarbolar la bandera de su fe y señal de su salud eterna.

Pasó el gobernador á Ternate, llevando consigo al P. Pedro Mascareñas con los PP. Marcos Prancudo, Hernando Álvarez y Manuel Lopez; quedándose en Amboino para la labranza de la viña del Señor el P. Diego de Magallanes y Francisco Rodriguez.

En Ternate gastaron tres meses en reformar los portugueses, para que su mal ejemplo no impidiese la conversión de los gentiles.

Cuando les pareció tiempo de esparcirse cada uno á su provincia, se previnieron con larga oración y muchas penitencias; hicieron confesión general, y el día tercero de Pascua del Espíritu Santo todos juntos renovaron sus votos religiosos, esperando aquel Divino Espíritu que vino sobre los Apóstoles, para que les hiciese sus imitadores; y verdaderamente lo fueron en obras y paciencia y virtudes heroicas, haciendo todos grandes proezas y finezas por Jesucristo. Exhortáronse unos á otros á hacer la causa divina, á vivir á solo Dios y los prójimos, á morir á sí, á ser verdugos de su naturaleza y acabar en tan santa demanda. Fué tan notable su celo, que dentro de un año convirtieron y bautizaron más de diez mil almas.

Quedóse nuestro P. Mascareñas en provincia bien árdua, por entónces, y la de peor condición, que era el mismo Ternate, á vista del rey moro, cruel perseguidor de los cristianos y celoso propagador de su falsa secta.

No se amilanó el siervo de Dios, ántes; porque no tenían los de la Com-

pañía iglesia en Ternate; delante de los ojos del impío rey, pidiendo limosnas á los mercaderes portugueses, edificó un templo cristiano. Dióse tanta priesa á su edificio, que, dando principio á él dia de santa Ana; se dedicó y dijo Misa en él á nueve de noviembre del mismo año, dia en que celebra la Iglesia la dedicacion del templo del Salvador.

Convirtió muchos á la fe. Entre otros, que conocieron la verdad del Evangelio y la abrazaron, fué el principal capitán del rey de Tidore y muy pariente suyo, que los años pasados habia sustentado la guerra con gran valor y singular esfuerzo contra los portugueses; cuyo ejemplo siguieron otros señores principales. Púsose por nombre Andrés a queste gran capitán.

Habia tambien enviado á Ternate á su hijo mayor y heredero del reino el rey de Bengai, para que allí viese las costumbres de los moros y de los cristianos, y, confiriéndolas entre sí, escogiese la ley que mejor le pareciese, porque él tambien la seguiria. Andaba observando el príncipe las acciones de unos y de otros, de los caciques, de los moros y del P. Mascareñas y sus compañeros. Vió en los nuestros tanta modestia, virtud y santidad, que escogió el sábio mancebo la ley de Cristo, donde habia tan notable caridad y pureza de vida.

Sintió de muerte estos casos el rey moro de Ternate; rabiaba de saña y pena; procuró ya con amenazas, ya con promesas, traer á su secta aquel príncipe. Todo fué en vano, porque prevaleció entre tantas tinieblas la luz del cielo. Abrióse con estas conversiones muy ancha puerta, por donde entraron á la casa de Dios muchos gentiles.

Súpose en el reino de Tidore, que seis señores y príncipes de aquel reino, fuera de su excelente capitán Andrés, que ya era cristiano, querian en Ternate recibir las aguas del bautismo. Eran dos los gobernadores de aquel reino, por no tener su rey edad competente. Partiéronse volando para Ternate, para impedir la resolucion de los suyos; pero con la comunicacion del P. Mascareñas y la luz del cielo que por ella les entró, aprobaron su hecho; dijeron que hacian muy bien aquellos caballeros; que no los querian impedir su bien, ántes deseaban imitarles, prometiendo no solamente ellos dos, pero que todos los del reino de Tidore, en sosegando ciertos tumultos, se habian de hacer cristianos; y muy poco despues se bautizaron dos hermanos del rey.

Era todo esto tormento para el tirano de Ternate, moro contumaz y celosísimo de Mahoma; pero el miedo le hizo disimular su saña, y ablandó la fiereza del bárbaro; porque, recelándose mucho de tantos reyes comarcanos, que se alistaban por de Cristo, quiso asegurarse de los portugueses, viendo que tenia necesidad de tenerlos gratos; y así trató benignamente al que más aborrecia. al autor de tantas conversiones, el siervo de Dios Pedro Mascareñas,

el cual le pidió licencia para predicar libremente á sus súbditos el Evangelio de Cristo, y que ellos pudiesen recibir con seguridad el bautismo. Dióselo el rey, añadiendo que él y sus hijos habian de ser los que con mayor asistencia oyesen sus sermones. Fué esta oferta fingida, pero de la licencia se aprovechó el siervo de Dios, y convirtió á muchos.

No sólo en Ternate evangelizó este apostólico varón: salió al reino de Syan, contra cuyo rey, por haberse hecho cristiano, se levantaron sus vasallos, sin quedar por suyo sino solo un lugar. Fué á Ternate á pedir favor á los portugueses; acompañóle á la vuelta el P. Pedro, para confirmar en la fe de Cristo los cristianos de aquella isla, y convertir otros de nuevo.

Con el ayuda de los portugueses fué restituido el rey cristiano en su reino. Catequizó el siervo de Dios, y bautizó al padre del mismo rey, y extendióse la fama del P. Mascareñas á varias partes.

Llegó al reino de Sanguimo: envió su rey embajadores al siervo de Dios, para que llegase á sus tierras y las ilustrase con su predicacion y admirable doctrina. Dijeron los embajadores, cómo el rey estaba tan dispuesto para recibir el Bautismo, que se habia cortado la cabellera que traia esparcida: era costumbre en aquellas islas de cortársela los que quieren ser cristianos.

No habia cosa que más desease el P. Mascareñas: recibió á los embajadores con las significaciones de agrado que el gozo de su espíritu le dictaba, viendo que se le abria la puerta para convertir aquella grande isla: promete ir allá lo más presto que pueda, parten los embajadores muy contentos, dándole nueva á su rey, cómo vendrá el ministro de Cristo; edificanle entre tanto casa acomodada: sátele al recibimiento el padre del rey, con otro príncipe, en un navío bien aderezado.

Ni se gozó poco el rey de Syan, de que, estando el P. Mascareñas en sus tierras, tuviese tan buenas nuevas; quiso él mismo irle acompañando: tan piadoso como esto era este príncipe. Fué con aparato real, con armada de ocho navíos; llegaron á la isla Sanguimo, á donde le salió á recibir su rey con los sátrapas y señores sujetos; llegan á la córte que se llama Calenga.

Predicó el santo varón al rey y la reina y otros muchos señores la ley de Cristo; paréceles del cielo: y, despues de bien catequizados, bautizó á todos el siervo de Dios, con gran gozo de su alma y contento de los bautizados.

Hiciéronse grandes regocijos y solemnes fiestas; pero el rey estaba tan gustoso de la doctrina del cielo, y tan pendiente de las palabras de su santo Maestro, que no habia fiestas para él como oírle; y así, mientras estaba el pueblo en los regocijos y juegos festivos, él se estaba oyendo al predicador de Cristo, preguntándole sus dudas, reverenciando las respuestas, haciéndose cada dia más capaz de los misterios sagrados.

Era su palacio una pública escuela de la doctrina cristiana; y, con ser muy anchuroso, ni de día ni de noche se vaciaba de gente, que desalados querian oír al apostólico Padre, en cuyos lábios habia Dios derramado gracia, y no ménos en los corazones de aquella gente.

Quiso el siervo de Dios tomar por Cristo la posesion de aquel reino con enarbolar su bandera, colocando á vista de todos una cruz en lugar patente. Holgóse extrañamente el rey, holgáronse los próceres del reino. Su devocion fué tan grande, que ellos mismos por sus manos la quisieron labrar. Ni fué menor la piedad del rey y de su amigo y huésped el rey de Syan; determinaron ellos por sus personas llevar la señal santa.

Fué raro espectáculo ver aquellos dos reyes llevar en sus hombros la pesada cruz, rodeados de señores y príncipes de uno y otro reino. Competian entre sí los dos reyes sobre quién se habia de mostrar más fino con Jesucristo.

Iba el P. Mascareñas lleno de gozo, triunfando de ver triunfar á Cristo por su cruz, á la cual luégo que se fijó en el lugar señalado, hincadas las rodillas los dos reyes, siguiéndoles el resto del pueblo, la adoraron humilde y devotamente. Piden luégo al Padre que señale lugar á su gusto para hacer iglesia; escogió el siervo de Dios un lugar marítimo, muy capaz y ameno, que estaba junto á un espeso bosque.

Fué tan extraño el fervor de todos, que en seis horas arrasaron toda la selva, trabajando en la obra los señores y más principales personas de aquel reino. El mismo rey estaba en medio de todos, animándolos, y con blandas palabras exhortaba á todos al trabajo y devocion de la obra.

La reina y las señoras principales, por no quedar inferiores en ejercicio de tanta piedad, enviaron á pedir al P. Mascareñas, que las dejase ir á limpiar el campo en que habia de hacerse la iglesia, que ellas le querian barrer, desarraigar por sus manos las yerbas que hubiese: tanta era la devocion de aquella gente y el ejemplo que les daban los reyes, el rey de Syan principalmente, que no sólo era buen cristiano, pero predicador de Jesucristo, no perdiendo ocasion en que pudiese introducir ó ensalzar su santa ley.

Fué necesario que pasase el siervo de Dios á visitar los cristianos de Cautipan. Con la fama de su venida, le salieron al camino unos embajadores de los Batachinos, pidiéndole fuese á sus tierras, ofreciéndose más de cien mil hombres á recibir el bautismo. No pudo divertirse el Padre á esta jornada, con harto dolor de su alma; consolóles con que procuraria que les fuesen enviados otros padres á enseñar y admitir en el reino de Cristo.

Llegó á Cautipan; fué grande el consuelo de todos los cristianos; de día y de noche no dejaban al siervo de Dios, pendientes de sus palabras llenas de

vida y consuelo; pidiéronle tambien el bautismo muchos gentiles; prometióles enviar quien se le diese y enseñase; no juzgaba por conveniente bautizar por entónces los que habian de quedar destituidos de maestro, y poco fundados en la fe.

Tornó el celoso Padre á Ternate, para disponer cómo se acudiese á tantas almas, que le habian pedido pan y no habia podido repartírselo.

Ni él quiso quedar en Ternate, por juzgar seria de más provecho en otra parte, donde ó los gentiles querian ser cristianos, ó los cristianos estaban perseguidos de los moros, los cuales levantaron tal persecucion contra la fe de Cristo, que, fuera de haber muerto á muchos que la habian recibido, no estaban los cristianos seguros en parte alguna. Las mujeres, dejando sus casas bien ricas y abastecidas, se salian por los montes y selvas, cargadas con sus hijitos, á esconderse entre algunas breñas ó en lo espeso de los árboles; los mancebos nadando de noche atravesaban brazos de mar, pasándose de una isla á otra, donde hallarían más seguridad. En una donde habia soldados portugueses, que, entendiendo ser enemigos, les querian disparar al agua, temiendo esto los que nadaban, á voces decian: «No nos tireis, no nos tireis, que somos cristianos.»

En el reino é isla de Manado fué donde halló grandes trabajos para sí, que para él fué topar un tesoro; fueron verdaderamente dignos de su paciencia y celo, y los peligros de la vida ciertos, si no le librara el omnipotente brazo del Señor: porque muchas veces le buscaron los moros y gentiles para matarle y hacerle mil pedazos; y sin remedio humano lo hubieran hecho, si el divino no acudiera, librándole Dios Nuestro Señor con manifiestos milagros. Y así testifica de este fervorosísimo varon Pedro Ordoñez Zaballos, que, por haber andado por aquellas partes, tuvo lugar de informarse mejor de la verdad: «Fueron, dice, tan inmensos sus trabajos, y todo por la mucha gente que convertia, enseñándola y bautizándola; que los moros y gentiles traian por refran, que este sólo les habia de quitar más gente que todos los demas predicadores; y así bautizó tres ó cuatro reyes y tanta gente principal de príncipes y señores, que se podia de sólo esto hacer un grande tratado; y así le llamaban el Padre de los milagros: pues diciendo los moros y gentiles que lo buscaban infinitas veces para matarlo, jamas tuvieron ocasion, aunque lo encontraban, porque les parecia otra cosa. Al fin fué servido el Señor padeciese martirio.» Todo esto es del autor citado.

Una vez se acogió el siervo de Dios á un monte; sábenlo los infieles, salen con gran número de soldados, cercan por todas partes la selva; no habia providencia humana de poder escapar; vióse el santo varon cogido, encomendóse á Nuestro Señor para que dispusiese de él como fuese más servido. No

tuvo otro modo sino discurrir de una parte á otra; todo el dia anduvo corriendo; á la noche se halló en parte segura, y sin más cansancio que si hubiera estado todo el dia reclinado en una regalada cama muy descansado.

Otra vez estuvo retirado en un monte, sin comer bocado en ocho dias enteros, si no es unas pocas de yerbas que pació como bestia; fuéronle á buscar los moros, pasaron muchas veces por junto á él, sin conocerle ninguna; porque donde estaba no veian hombre, sino un animal del campo, con lo cual dejaron de buscarle; pero acudiendo luego los cristianos, le vieron en su propia figura, si no es lo que le habia desfigurado tan largo ayuno. Estaba que no se podia tener en pié; repararon su necesidad, volvió á trabajar como ántes, y ponerse á los mismos peligros.

Hizo grande provecho en muchas gentes; convirtió grandes pueblos, que para esto le habia reservado el Señor con tan extraordinarias providencias; pero para no defraudarle de la corona del martirio, que tantas veces habia empuñado, permitió que con veneno le matasen los gentiles en odio de nuestra santa fe, que tanto procuraba exaltar este divino varon, por cuya causa pasó tantos trabajos y peligros, como verdadero soldado de Cristo: porque queria seguir el ejemplo de su Capitan Jesus.

No dudaba en dar la vida por su amor y fe, ántes era esto la cosa más deseada para él; pero por la necesidad que tenian tantas almas de la leche de su doctrina, pasaba tantos trabajos por guardar la vida, que deseaba perder más que á la misma vida.

Esta es, aunque brevemente resumida, la de este fervoroso Padre, y la escribió el P. Pedro Iarich, en el primer tomo de su *Thesaurus Indico*, libro 2, capítulo 29. De este siervo de Dios escriben tambien el P. Francisco Sachino en el 2 tomo de la *Historia de la Compañía*. Thomas Bozio *De Signis Ecclesiae*, libro 4, capítulo 2. Jacobo Damiano en su *Synopsi*, libro 3, capítulo 8. Pedro Ordoñez Zaballos, libro 3, del *Viaje del mundo*, capítulo 16. Y el suplemento de la *Centuria de los Mártires de la Compañía de Jesus*.

P. NIEREMBERG.

P. RAIMUNDO DE PRADS

LAS piedras fundamentales de los buenos edificios siempre son las más fuertes, las más firmes y generosas, porque han de sustentarse sobre sus hombros toda la fábrica de los palacios y casas que se levantan sobre ellas;

y en los primeros cimientos está la planta de todo lo que ha de subir y extenderse el edificio.

Esto mismo pasa en los edificios espirituales de las religiones y santas comunidades, que Dios levanta en su Iglesia, en las cuales pone siempre por piedras fundamentales varones santísimos de muy sólidas virtudes y de tanto valor y ejemplo, que sean la norma y la firmeza de toda la virtud y perfeccion de los presentes y venideros, para que, ajustándose su vida con la regla de su Instituto, levanten el edificio de la religion, fuerte, seguro y constante y con toda perfeccion.

De esta verdad es testigo la provincia de Filipinas de la Compañía de Jesus de nuestra sagrada religion, para cuya fundacion escogió Dios varones de probadísima santidad, y de ejemplarísima vida y notoria perfeccion, que fuesen las piedras fundamentales de su espiritual edificio, que, para tanta gloria suya y bien de infinitas almas, levantó la mano poderosa del Altísimo. Uno de los cuales fué el venerable y santo P. Raimundo de Prads, que en nuestro castellano llamamos Prado, cuya vida aquí escribimos.

Fué este ejemplarísimo varon catalan de nacion, natural de un lugar cerca de la ciudad de Barcelona, que se llama S. Cucufato, y es abadía de monjes Benitos.

Su dichoso nacimiento fué el año de mil y quinientos y cincuenta y siete, de padres nobles y de mucha autoridad en aquella tierra.

Su padre fué casado dos veces, y de ambas mujeres tuvo hijos; el mayor de la segunda fué nuestro Raimundo, y el primero en virtud de todos.

Cuando murió el padre, dejó la hacienda á los segundos hijos, cosa que llevaron muy pesadamente los primeros, que, como mayores, esperaban ser mejorados y no desheredados como quedaron.

Pasó tan adelante el sentimiento, que no solo pusieron pleito á los menores, sino que, trocando las razones por las espadas, vinieron á las armas, y, divididos en bandos, se buscaban unos á otros para matarse: que la codicia é interés atropella con todos los respetos de sangre, parentesco y amistad, aunque sea entre hermanos; como sucedió á los de Raimundo, el cual, ofendido de tan injusta demanda, y más del medio tan detestable que habian tomado para ella, se retiró de su pueblo en casa de un tío canónigo del Asseu de Barcelona, persona de buenas prendas, que le recibió con gran gusto, alabando su determinacion, y ofreciendo favorecer sus intentos, que eran estudiar con quietud y quitarse de bandos y enemistades, que perturbaban las conciencias, y asuelan los linajes y las casas, por bien fundadas que sean.

Aquí estudió la Gramática y las Artes; y, aunque al principio anduvo algo divertido con las compañías no tales que se le arrimaron, que son las que